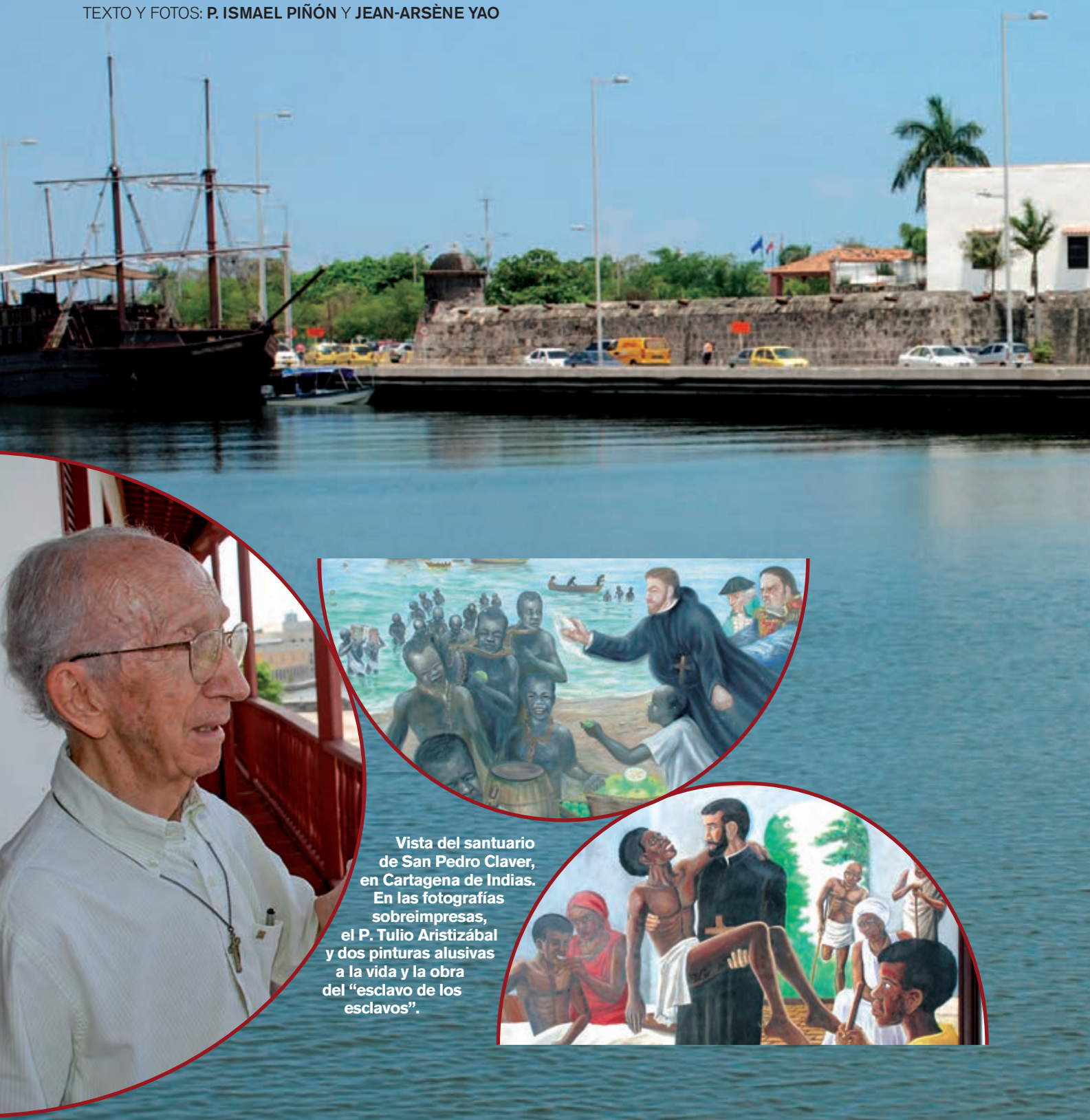
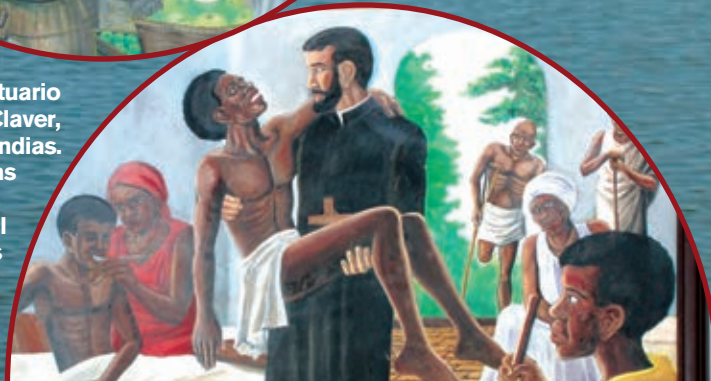


Tras las huellas de **San Pedro Claver** **Esclavo** de los esclavos

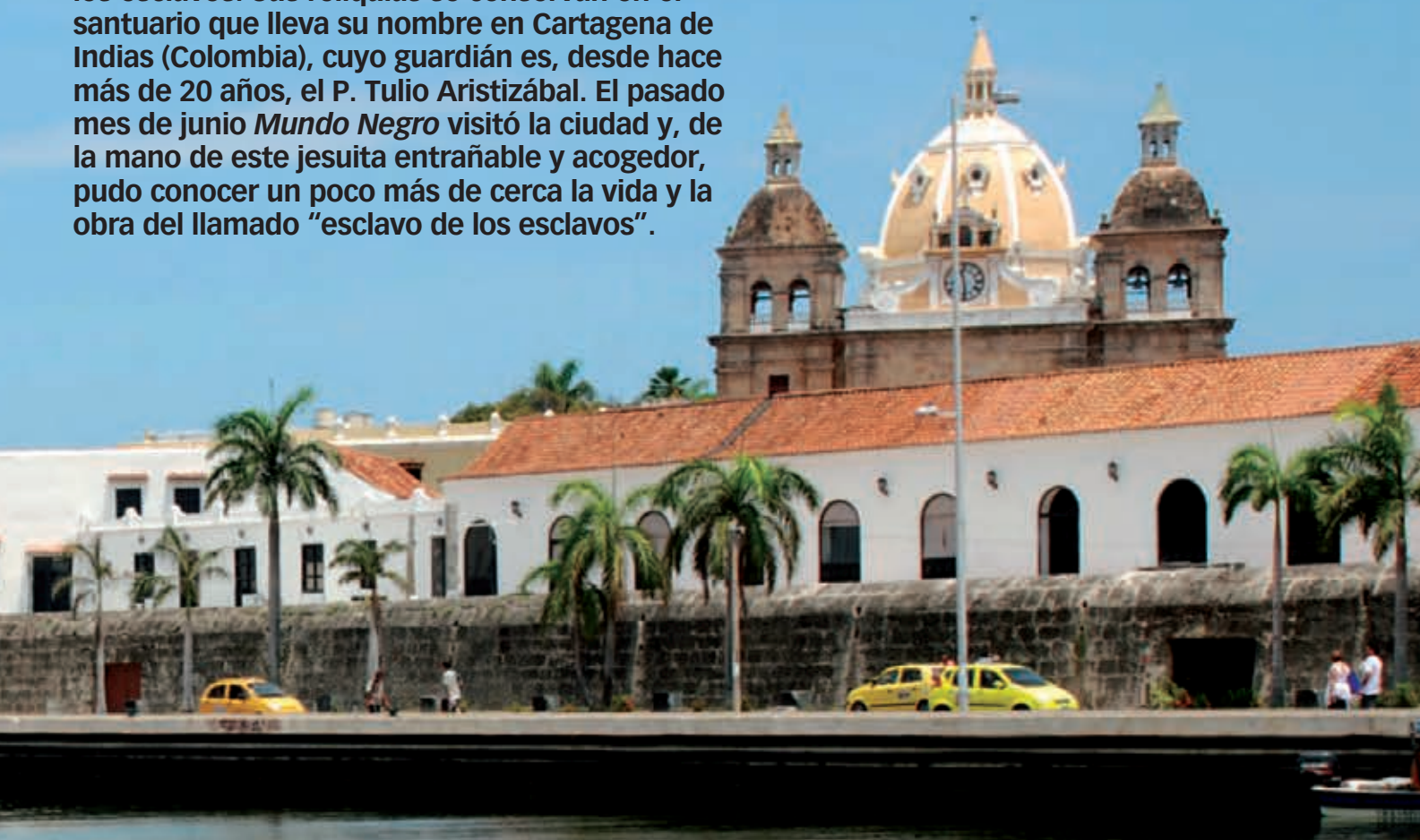
TEXTO Y FOTOS: P. ISMAEL PIÑÓN Y JEAN-ARSÈNE YAO



Vista del santuario de San Pedro Claver, en Cartagena de Indias. En las fotografías sobreimpresas, el P. Tulio Aristizábal y dos pinturas alusivas a la vida y la obra del “esclavo de los esclavos”.



El próximo 9 de septiembre se celebra la fiesta de San Pedro Claver, el gran misionero de los esclavos. Sus reliquias se conservan en el santuario que lleva su nombre en Cartagena de Indias (Colombia), cuyo guardián es, desde hace más de 20 años, el P. Tulio Aristizábal. El pasado mes de junio *Mundo Negro* visitó la ciudad y, de la mano de este jesuita entrañable y acogedor, pudo conocer un poco más de cerca la vida y la obra del llamado “esclavo de los esclavos”.



el P. Tulio Aristizábal es un jesuita colombiano, licenciado en Filosofía y Pedagogía, además de ser un gran historiador. Pero es, sobre todo, un hombre enamorado de San Pedro Claver, de cuyas reliquias es el guardián desde hace más de 20 años y cuya historia conoce como la palma de su mano. Responsable principal del santuario de San Pedro Claver en Cartagena de Indias, no sólo nos acogió con una exquisita amabilidad, sino que se ofreció a mostrarnos cada uno de los rincones del santuario y a contarnos la historia de ese gran misionero conocido como “el esclavo de los esclavos”.

El santuario de San Pedro Claver se encuentra en el casco histórico de Cartagena de Indias, justo frente al puerto al que llegaban los barcos

negreros procedentes de África y del que salían las naves cargadas con todo tipo de mercancías rumbo a Europa. Cartagena era, como nos dijo el propio P. Tulio, puerta de entrada y de salida para toda Sudamérica.

Hoy el santuario es “una parroquia singular”, indica el P. Tulio. Sus fieles son los turistas que llegan, admiradores y devotos de San Pedro Claver, gente que vive en los alrededores y algún que otro vendedor ambulante que, antes de poner su puesto en la calle, acude a Misa.

Le pedimos que nos enseñe el santuario y nos cuente la historia de San Pedro Claver, a lo que accede gustoso. Como buen historiador y pedagogo, quiere empezar por el principio, y lo hace contándonos la historia de Cartagena desde sus inicios, ya que, según él, para entender la vida

y la obra de Pedro Claver es necesario conocer la historia de la ciudad. Nos acompaña a uno de los balcones y señala el puerto donde atracaban los barcos de esclavos que llegaban con su carga humana. Nos muestra el puerto, la fortificación y, con pocas palabras, nos traslada al mundo de la España colonial del siglo XVII.

Acto seguido nos narra la historia de la presencia de los jesuitas en Colombia, a donde llegaron en 1604 y en donde se encontraron con el gran problema de la esclavitud, de la cual también nos da una breve pero intensa introducción histórica. “Al principio los jesuitas se instalan en una casa pequeña en el centro de la ciudad. Poco después, el gobernador les cede un terreno en una zona privilegiada, en el puerto principal de la ciudad”.

El drama de la esclavitud

Concluida la introducción histórica, breve pero necesaria, nuestro anfitrión se centra totalmente en el objeto de nuestro interés. “Pedro Claver nació en Verdú, provincia de Lleida, el 26 de junio de 1580. Fue enviado a estudiar a la isla de Mallorca. Allí se hizo muy amigo del portero del colegio, Alonso Rodríguez, quien empieza a inspirarle la vocación a la misión, especialmente a la misión en las Indias. Pedro pide ir a América y en segundo año de Teología es enviado a la Provincia jesuita de Nueva Granada (que comprendía lo que hoy son Colombia y Venezuela)”.

Así pues, el joven Pedro Claver llega a Cartagena sin ser aún sacerdote y con la orden de ir a Santa Fe de Bogotá para terminar sus estudios. “Al llegar a Cartagena se encuentra con el drama de la esclavitud y conoce al P. Alonso de Sandoval, encargado de atender a los esclavos”, continúa el P. Tulio, que quiere hacer hincapié en que Pedro Claver no fue el primero ni el último en dedicarse a los esclavos llegados de África, sino que fue uno de tantos, aunque también uno de los más grandes.

El trabajo del P. Sandoval despierta en él un enorme entusiasmo y una gran admiración, y el joven Pedro pide a sus superiores ser enviado a Cartagena para ayudarlo. Sin embargo, debe primero terminar su formación. Va a Bogotá para completar sus estudios de Teología y en 1615 regresa a Cartagena, donde recibe la ordenación sacerdotal al año siguiente. Desde entonces y hasta el momento de su muerte se dedicará plenamente a atender a los esclavos. “Se dedicará a esa obra en cuerpo y alma durante 38 años, en este mismo lugar en el que ahora nos encontramos nosotros”, afirma con solemnidad nuestro anfitrión, mientras señala con los dedos índices el suelo que estamos pisando.

Tras la muerte de Pedro Claver, los jesuitas continuaron su trabajo, compaginando la atención y la catequización de los esclavos negros con la educación de los hijos de los españoles. Todavía se conserva una lista con todos los sacerdotes que sucedieron a Pedro Claver en ese trabajo, hasta que en 1767 el rey Carlos III expulsa a la Compañía de Jesús de España y de todas sus colonias. “Los jesuitas se ven obligados a abando-

Tras la muerte de Pedro Claver, los jesuitas compaginaron la atención a los esclavos negros con la educación de los hijos de los españoles.



Estancia donde murió San Pedro Claver y, debajo, celda del santo. Al lado, el P. Tulio en un momento de la entrevista.



nar Cartagena y el edificio se convierte entonces en un hospital regentado por los Hermanos de San Juan de Dios”, dice el P. Tulio. Así permanecerá hasta el final de la colonia y durante los primeros años de la independencia.

Cuando el general Tomás Cipriano de Mosquera alcanza la presidencia de Colombia, dicta un decreto para despojar a todos los religiosos de sus bienes, expulsa a los Hermanos de San Juan de Dios y convierte el edificio en cuartel del Ejército. Así continúa durante todo el siglo XIX, hasta que Mons. Eugenio Biffi, un gran obispo que llega desde Italia, pide al nuevo presidente, Rafael Núñez, la devolución del edificio con el argumento añadido de que la canonización de Pedro Claver estaba en camino.

El nuevo presidente accede a devolver sólo la mitad, puesto que no tenía en aquel entonces donde llevarse al Ejérci-

to. El obispo se instala en él. El P. Tulio nos conduce hasta uno de los extremos de la muralla y nos enseña el límite entre el santuario y la sede del Ejército, en la que actualmente se encuentra el Museo de la Marina.

Recuperado parte del edificio y tras la canonización de San Pedro Claver, los jesuitas quieren hacer del lugar un santuario que mantenga viva su memoria y muestre al mundo todo el trabajo que hizo en favor de los esclavos. Quieren, en palabras de P. Tulio, “resucitar la presencia del P. Claver, donde vivió, donde estaba su aposento, donde trabajaba y acogía a los esclavos...”.

Sin embargo, los jesuitas se encontraron con el problema de la falta de datos; y aquí es donde el P. Tulio se emociona y nos muestra un libro envejecido por el tiempo y con los bordes comidos por las termitas, lo levanta y nos dice



que luego nos hablará de él. Mientras tanto, nos va mostrando sala por sala, estancia por estancia, los lugares de la memoria: la primera iglesia, donde Pedro Claver oficiaba la Misa y atendía a su gente, donde dormía, donde murió, donde inicialmente fue enterrado y donde hoy reposan sus restos.

Un documento fundamental

Pero volvamos con nuestro entrañable guía. “Dos documentos fueron claves para recuperar la memoria de San Pedro Claver. El primero fue el proceso de canonización —nos dice mostrándonos el viejo libro—. Cuando el P. Claver muere, todo el mundo lo considera un santo y desde todas partes empiezan a escribir cartas al Papa para que lo canonicé. El proceso se abre apenas tres años después de su muerte. El tribunal consulta a 153 testigos. Los testimonios son traducidos del español al italiano y al latín, y una parte de ellos se publica en 1696.

Ese documento es fundamental para conocer a San Pedro Claver. Es la principal biografía que tenemos de él, porque no está escrita a través de la interpretación de un autor, sino que son testimonios directos hechos bajo juramento por los que fueron testigos de todo lo que hacía el P. Claver, cómo se vestía, cómo salía a la calle, cómo celebraba la Misa, cómo trataba a los esclavos...”.

“El original del documento en español desapareció —prosigue—. En el año 2000 una historiadora italiana, María Splendiani, se propuso re-traducirlo al español. Así se hizo, yo me ofrecí a ayudarla y aquí está”, dice, mientras nos lo ofrece generosamente alardeando con mucha razón de que es lo mejor que hay para conocer la vida y la obra de San Pedro Claver.

El segundo documento al que se refiere el P. Tulio son dos placas, una de mármol negro y otra de mármol blanco. Las dos contienen la misma inscripción: “En este aposento murió el venerable P. Pedro Claver el 8 de septiembre de 1654”. Ambas placas habían sido removidas de su lugar y fueron encontradas en un rincón perdido del santuario. “Buscando, buscando —continúa nuestro afable guía— se encontró un agujero en uno de los muros con las medidas justas de una de las placas”. Se adelanta y nos muestra un cuarto del piso superior. Justo en la entrada está una de las dos placas y en el interior se encuentra la otra. “Estamos en lo que era la enfermería del colegio —explica—, en la que Pedro Claver pasó los cuatro últimos años de su vida”.

El P. Tulio continúa su relato: “Cuando llegué aquí hace ya 20 años, esto estaba cubierto de ladrillos. Leyendo el libro del proceso —señala el volumen que nos acaba de regalar— me di cuenta de un detalle: el suelo era de madera, no de ladrillo, por lo que levanté los ladrillos y me encontré con el suelo original. Analizaron la madera aquí y en la Universidad de Bogotá y todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una madera muy antigua, probablemente del siglo XVII. Por eso lo hemos querido conservar”. Era el mismo suelo que Pedro Claver había pisado tantas veces atendiendo a los esclavos enfermos y sobre el que él mismo había entregado el alma.

“Hemos descubierto ya dónde murió, pero nos quedaba una pregunta: ¿Dónde vivía? ¿Dónde estaba su apo-

sento? En el libro del proceso se habla con todo detalle de dónde vivía, dónde pasaba la mayor parte de su tiempo. Esa descripción coincide total y únicamente con este cuarto que vemos aquí”, afirma emocionado mientras nos hace entrar en una nueva estancia.

“El libro dice que era un aposento muy oscuro, que no entraba apenas el sol, pero que a través de las ventanas se veía el puerto”. Nos acompaña a uno de los ventanucos y, aunque la vista está ahora tapada por una construcción, es evidente que entonces se podía ver el puerto principal de Cartagena, de tal manera que Pedro Claver veía la llegada de los barcos negreros.

“Dice también el libro que en su aposento había un lugar en el que almacenaba las ropas, las medicinas y los alimentos que la gente buena le daba para sus esclavos y que bien podía ser este sitio. No hay en toda la casa otro cuarto que sea así, como éste —dice el P. Tulio—. Los demás son o muy claros o muy estrechos, pero que coincidan con la descripción del libro, no hay ninguno; por lo que este sitio quedó moralmente identificado como el aposento de San Pedro Claver”.

Haciendo nuevamente referencia al libro del proceso de canonización, el P. Tulio nos muestra un cuarto contiguo donde dormía el grupito de esclavos que Pedro Claver tenía a su servicio para que le ayudaran, sobre todo como intérpretes. “Aunque Pedro sabía la lengua de Angola, necesitaba intérpretes para las otras lenguas y dialectos de otras partes de África”, nos explica.

Y prosigue: “Los esclavos llegaban físicamente agotados y moralmente hundidos, porque habían sido obligados a abandonar todo y estaban convencidos de que los habían traído hasta aquí para matarlos y comérselos. La primera labor era tranquilizarlos y decirles que aunque iban a tener una situación difícil, nadie los iba a matar ni a comer. Dice el libro que, más que las palabras, era la actitud del P. Claver la que los conquistaba, que los rescataba de esa sensación de nulidad y hacía que se sintieran personas dignas de respeto. Ésa fue la principal labor de Pedro Claver durante toda su vida”.

Venerado por todos

Continuamos nuestro recorrido, pasamos por donde estaba la antigua iglesia

“El P. Claver murió el 8 de septiembre de 1654 a las dos de la mañana. Cuando amaneció y se empezó a correr la voz entre los esclavos, aquello fue algo espectacular”.

y llegamos a una pequeña cripta. “El P. Claver murió el 8 de septiembre de 1654 a las dos de la mañana —afirma con solemnidad nuestro acompañante—. Cuando amaneció y se empezó a correr la voz entre los esclavos, aquello fue algo espectacular. Entraron en el convento, subían y bajaban por las escaleras, le cortaban trozos del vestido y hasta le cortaron las uñas de los pies para tener algún recuerdo suyo. El rector se puso muy nervioso ante la multitud que estaba entrando en el colegio. Entonces dio orden de que lo enterraran inmediatamente, a las 8 de la mañana. Cuando el gobernador de Cartagena, Pedro Zapata Mendoza, lo supo, vino al colegio y suplicó al rector que aplazase el entierro hasta el día siguiente para poder avisar a la gente de Cartagena, ya que el P. Claver era una persona muy especial y la ciudad le debía mucho. El rector aceptó y Pedro Claver fue enterrado al día siguiente, el 9 de septiembre”.

Tres meses antes de morir, Pedro había dicho al Hno. González, el sacristán, que quería que lo enterraran debajo de su confesonario, situado en la puerta del perdón, una puerta lateral de la iglesia y desde el que se veía la capilla de la Virgen del Milagro, en la que Pedro Claver había celebrado su primera Misa y por la que sentía una especial devoción. El Hno. González, sin embargo, y para evitar que la gente pisara su sepulcro al entrar y salir de la iglesia, le propuso enterrarlo en la capilla del Cristo, que se hallaba en la sacristía (lugar en el que nos encontramos). Nos enseña una zona en el suelo, justo delante del altar de la capilla. Ése fue su primer sepulcro.

“Tres años y medio después —continúa el P. Tulio—, el provincial de los jesuitas vio que los esclavos traían a sus enfermos, especialmente a los niños, y los colocaban justo sobre el sepulcro del P. Claver para que los curara. Eso suponía dos problemas: uno de higiene y



Fachada de la iglesia de San Pedro Claver, del siglo XVIII, construida 50 años después de su muerte.

otro debido al hecho de que se estaba empezando a rendir culto a un difunto, algo que no estaba permitido sin la correspondiente autorización de las autoridades eclesiásticas. Dio orden de que lo desenterraran, abrieran un hueco en el muro de la capilla, colocasen allí el cadáver y lo cerrasen con unas maderas y una puerta para que nadie pudiese acercarse. Y allí estuvo hasta que se construyó la nueva iglesia”.

Esclavo para siempre

Acompañados por nuestro guía, avanzamos en nuestro recorrido, nos adentramos en el claustro y llegamos a una especie de algibe, donde en aquella época se almacenaba el agua para el colegio. Según el P. Tulio, Pedro Claver, una vez que había preparado a los catecúmenos, los reunía allí, los repartía en grupos y

los bautizaba dando un nombre a cada grupo. Ellos conservaban ese nombre y añadían como apellido su nombre original de África.

Finalmente entramos en la iglesia actual, de estilo colonial, grande, amplia, con el suelo de mármol italiano y muy bien iluminada. “El P. Claver no conoció esta iglesia —explica el P. Tulio—. Aquí se encontraban entonces los campos de juego de los muchachos. Ya entrado el siglo XVIII, la ciudad había crecido y la vieja iglesia se había quedado pequeña. Vinieron dos jesuitas, uno alemán y otro holandés, que fueron los que construyeron este templo, 50 años después de la muerte del P. Claver”.

En 1746, cuando la construcción de la nueva iglesia estaba bastante avanzada, el Papa vio la importancia que estaba tomando la fama y la devoción hacia Pedro Claver y empezó a considerar la conveniencia de declararlo santo. “Se le dio el título de venerable —nos comenta el P. Tulio—. Se trasladaron sus restos

de la vieja y pequeña iglesia, ya medio demolida, y se colocaron aquí, en una de las columnas que sostienen la cúpula". En dicha columna hay hoy una gran placa de mármol con una inscripción que así lo certifica. Ahí estuvo durante el tiempo en que los jesuitas abandonaron la ciudad tras ser expulsados por el rey y el lugar pasó a manos de los Hermanos de San Juan de Dios. "Ellos respetaron siempre la tumba de Pedro Claver", confiesa el P. Tulio en tono de reconocimiento.

"Cuando todo esto pasa a manos del Ejército —prosigue—, lo primero que hicieron fue abrir las tumbas de todos los jesuitas buscando posibles tesoros, pero la del P. Pedro Claver no la tocaron, por respeto y también por temor, ya que era tenido por todos como un santo".

"Cuando el obispo Eugenio Biffi recupera la iglesia y se instala en el colegio, constata con tristeza que el templo se había convertido en una pesebrera y lo primero que hace es vallarlo, restaurarlo y adentrarlo. Como era italiano, se trajo de Italia todo el mármol que pudo. Todo el piso y el retablo de la iglesia están hechos con mármol de Carrara", indica el P. Tulio.

En 1888 el P. Pedro Claver es proclamado santo por el Papa León XIII y sus restos son trasladados de la columna al altar mayor —también de mármol, evidentemente—, que es donde reposan en la actualidad. Debajo del altar se aprecia una urna de cristal y madera tallada, decorada con piezas doradas, que contiene actualmente los restos de San Pedro Claver.

A través del cristal se puede ver sin dificultad el cráneo del que fue esclavo de los esclavos. "El esqueleto no está completo —termina diciendo el P. Tulio— porque muchos huesos fueron llevados a otras iglesias como reliquias. Es una tumba muy visitada. Vienen peregrinos de todas las partes del mundo. En Estados Unidos hay una institución que se llama los Caballeros y las Damas de San Pedro Claver y cada dos años hacen una gran peregrinación hasta aquí".

El "esclavo de los esclavos para siempre" —así firmó el propio Pedro Claver su profesión solemne— es hoy venerado por la Iglesia misionera, que lo tiene como patrono de las misiones entre los negros. En 1985 el Congreso de la República de Colombia lo proclamó "defensor de los derechos humanos".



AGENDA ESCOLAR 2011-2012

La Agenda Escolar AGUILUCHOS consta de 130 páginas llenas de ilustraciones, frases célebres, informaciones... Este año está dedicada a la flora y la fauna africanas, bajo el título "África viva". La agenda sirve como guía práctica del alumno durante todo el curso escolar 2011-2012.

Precio: 6 €



Recorte y envíe a EDITORIAL MUNDO NEGRO
C/ Arturo Soria, 101 - 28043 MADRID
www.edimune.com

Deseo me envíen ☐ ejemplares de la Agenda Escolar 2011-2012

NOMBRE

CALLE

POBLACIÓN C. P.

PROVINCIA TELÉFONO

FORMA de pago

☐ Talón ☐ Sellos nuevos ☐ Reembolso

NOTA: Con una SUSCRIPCIÓN NUEVA a la revista AGUILUCHOS (24 euros al año) se recibe GRATIS la AGENDA ESCOLAR.